

ponían un tribunal terrible, que con la inconsciencia de la fatalidad pronunciaba una sentencia de muerte!

¡La monarquía en México! A todo el *dictamen* presentado ante la asamblea de notables por Aguilar y Marocho, hombre inteligente y honrado, en quien se unían en peregrino amalgama un fanatismo implacable y frío, una vasta ilustración y un punzante humorismo; á todo su laborioso estudio, que más que á defender la realeza parecía enderezado á resucitar el régimen colonial, puede oponerse, para disolverlo instantáneamente ante la historia, otro dictamen presentado á Santa Anna por los más concienzudos próceres del partido conservador y que es obra del eminente jurisconsulto D. Bernardo Couto. De él extraemos estos conceptos literales: «A los que suscriben parece fuera de controversia que México no puede ser sino una república: sus circunstancias actuales y las que ha habido siempre desde la caída del libertador Iturbide; la opinión universal y constante que sobre la materia hay ahora y ha habido siempre entre nosotros; la ausencia completa de los elementos constitutivos de cualquiera otra forma de gobierno; finalmente, el estado mismo de los pueblos que nos cercan, todo hace que la sola forma de organización posible en México sea la republicana» (Julio de 1855).

Esto era lo sensato, lo justo, lo cierto; los notables imaginaban que, bajo la protección del emperador de los franceses, que los fascinaba, se invertiría el orden social, político y de las ideas en México; por eso creyeron azorados en la posibilidad de un imperio; pidieron inspiración casi todos ellos á su sentimiento religioso herido y creyeron que Forey, á pesar de su proclama, era un Godofredo de Bouillon y su ejército una cruzada. Nada más efímero y más ficticio que todo aquello.

De la asamblea de notables había resultado la monarquía y una regencia, compuesta de los señores Almonte, Salas y Labastida; una comisión fué enviada á presentar á Napoleón un voto de gracias y á Maximiliano la corona imperial. Desde los primeros momentos se vió claro en aquella comedia gigantesca: no había intervención desinteresada de Francia entre los partidos, había un hecho brutal: la invasión del país, secundada por los restos de un partido absolutamente impotente para imponerse á la Nación y que consentía en ser instrumento de los invasores, que comenzaron por burlar sus ideales y quitarle su razón de ser. El fin de esa invasión era convertir el insignificante crédito de Francia contra México en una suma enorme por la deuda Jecker y los gastos de guerra, suma impagable que mantuviese al flamante imperio bajo la tutela forzosa de Francia, que permitiese á los franceses explotar las riquezas del suelo invadido y apoderarse de una parte del territorio (Sonora). No había habido voto ninguno en favor de la monarquía; el de la asamblea de notables (que lo eran en lo particular, no para la Nación, que los ignoraba profundamente y con la que no tenían contacto alguno) había sido acordado de antemano en las Tullerías; no existió. Con objeto de no dar base á la oposición del cuerpo legislativo en Francia, que clamaba contra el gobierno no nacido del sufragio que aquí se implantaba, Napoleón ordenó al jefe de la expedición francesa que procurase que los ayuntamientos nombrados por los franceses en las poblaciones que ocuparen, expresaran sus votos *libremente*; ya se sabía que clase de farsa colosal iba á nacer de esta *instrucción*. No había nada; nada más que esta verdad: la invasión iba resucitando al partido reactor, muerto ya, y le daba armas y

le facilitaba señorear de nuevo al país, y esto ni era viable ni era lo que Napoleón quería. En cuanto á la cuestión norte-americana, estaba resuelta ya; el año perdido después del Cinco de Mayo, la dificultad formidable de dominar al país derrotado, mas no vencido, había impedido á Francia auxiliar á los sudistas y permitido á los federales sobreponerse á tal grado, que la resistencia del Sur, para cuantos veían bien, no era más que una cuestión de tiempo y era seguro el triunfo del Norte; lo que iba á complicar terriblemente el problema que Napoleón creía haber resuelto con un ejército y una carta. De todo ello resultaba un embrollo indescifrable.

La verdad pura era ésta: el gobierno engendrado por el ejército invasor en la derrota de la República, había nacido muerto, era contradictorio consigo mismo; no era un gobierno nacional, porque dependía exclusiva y totalmente de un ejército extranjero, y se llamaba soberano! No era un gobierno de partido, porque sus palabras eran reaccionarias y sus actos tenían por cartabón el manifiesto de Forey, en que declaraba que la nacionalización era sagrada y sería agradable á su amo la libertad de cultos. El honrado obispo Ormaechea quiso protestar; se pasó adelante. El manifiesto de Forey era la constitución del imperio mexicano; y lo que añadía á todo obscuridad, incertidumbre é impotencia suprema era que Napoleón, ilustrado por las cartas de los oficiales franceses y por la intensidad creciente del primer año de resistencia, indicaba su deseo de tratar, de retirarse, de prescindir de la empresa, y tomaba *la voluntad nacional*, expresada por la Junta de notables, como *un simple indicio* de la opinión del país, como la opinión de la capital. Forey, hecho mariscal, y Saligny, que, con las secretas miras del negociante, habían dirigido toda la política francesa en México, fueron imperiosamente llamados á Francia; esto aterró á los reaccionarios. Sin embargo, comprendían que Francia no podía retroceder y que la lógica inflexible de su primer error la llevaría á intentar la conquista del país, que, de antemano, había Forey declarado imposible.

Retirado Forey y encargado Bazaine de la dirección del ejército francés, comenzaron en el invierno de 63 las grandes operaciones. Hasta entonces los invasores se habían limitado á dominar un sector importante en las costas del Golfo, la zona de ascensión de la Tierra caliente á la Mesa central, el camino entre Puebla y México y un radio lentamente prolongado en derredor de la capital. En toda esta región ocupada, la invasión manifestó desde sus comienzos de qué medios se valdría hasta el fin: desarmar la resistencia por el terror, pacificar por medio de la muerte, limpiar caminos y ciudades por medio de la sangre; la justicia militar se encargó de todo este programa como si no hubiese tal gobierno mexicano, y fué una justicia espantosamente acelerada: las simples sospechas, el haber sido guerrillero ó amigo de guerrilleros, la fisonomía, una acusación vaga, muy poco comprendida generalmente por quienes no hablaban una palabra de español, bastaban para acarrear la muerte. Era el sistema de los cruzados anti-albigenses: matarlos á todos, Dios reconocerá á los suyos, decían sus caudillos; así aquí, era seguro que de cada cien ejecutados había un treinta y tres por ciento de bandidos; eso bastaba para justificar las cortes marciales: ¿ante quién? ¿ante la conciencia humana, ante la justicia divina? El régimen del látigo, frecuentemente aplicado á los disidentes en las ciudades, el de las vejaciones infinitas en las casas de los *liberales*, sobre todo, con la cuestión de alojamientos, algo semejante á «las Dragonadas» de Louvois, eran las supremas ventajas traídas á la sociedad *distinguida*

de México por la invasión; la sociedad se sometía á todo; iba temblando de miedo ó de placer á los bailes con que la obsequiaba la oficialidad francesa, que muchachas y viejas encontraban muy elegante y simpática hasta en su brutalidad; ¡no todos eran duques, ni todos *gentlemen*, pero eran franceses!

La campaña del invierno de 63 á 64 fué rápida y mortal para el gobierno legítimo. El ejército francés, por sí mismo ó sirviendo de apoyo á los grupos infidentes, que, como ha sucedido casi siempre en los países invadidos, habían podido organizarse y que estaban



El mariscal Bazaine

humillados, pero armados y pagados perfectamente, logró dominar toda la Mesa central, ocupó todas las ciudades importantes del Interior; el ejército republicano mutilado, ensangrentado, cortado en fragmentos en desorganización rápida, se refugiaba en las montañas de Michoacán, de Jalisco, de Zacatecas ó se retiraba, casi disuelto, por las grandes pendientes de la Altiplanicie septentrional; los generales republicanos en quienes más se esperaba, eran vencidos, y Juárez y su gobierno, núcleo y centro de la resistencia nacional, que sin ellos habría desaparecido, se encontraban moralmente amagados por las peticiones de algunos próceres republicanos, que exigían la separación de la presidencia á Juárez como única solución posible del conflicto con Francia, y materialmente amenazados de muerte por Vidaurri en Coahuila y Nuevo León. Lo único que infundía aliento, que daba alma á la causa republicana herida de muerte, era la grande alma de Juárez, su serenidad estoica, la incontrastable firmeza de su fe, pero no de la fe ciega de los hombres sometidos de su raza, sino de la fe clarividente de los de su raza que ascienden á la civilización y á la conciencia libre. Aquel hombre pesaba todas las dificultades, analizaba con pasmoso buen sentido político las condiciones de lo presente y mostraba la indefectible transformación de esas condiciones en lo porvenir: aquel hombre no dudó ni se engañó. Todo estaba mutilado, mermado, disminuído en la nación; sólo él permanecía intacto; en él la República era incólume.

Mientras los franceses recorrían el país victoriosos y terribles, venciendo sin cesar y ejecutando sin piedad á los republicanos, exactamente lo mismo que habían hecho los Santa

Anna, los Márquez y los Miramón, en la capital vencían al partido reaccionario, que no tenía otra razón de ser que su clericalismo, que su apego á la Iglesia, que no era reformista, porque era católico. Empeñado el gobierno fraguado por el ejército francés, como una especie de agencia ú oficina política, con el nombre de *Regencia del Imperio*, en realizar el manifiesto de Forey en lo que se refería á los bienes nacionalizados, los obispos, dirigidos por el supremo jerarca de la Iglesia mexicana, el inteligente y batallador Labastida, protestaron, el supremo tribunal se negó á marchar en el sentido que deseaba la Regencia, y de todo ello resultó una especie de golpe de Estado: el arzobispo dejó de formar parte de la Regencia, el tribunal supremo fué disuelto y al compás de esta batalla se confesaron ante la historia los contrincantes; el episcopado dijo: que la defensa de los intereses de la Iglesia era la única razón de ser del partido reaccionario, autor de la intervención; que las condiciones de la Iglesia eran mejores en tiempo de la República. La inter-

vención dijo: que los *desiderata* del partido clerical pertenecían al pasado y no resucitarían jamás; que ese partido era *mínimo* en el país. La causa de la República ante la razón y la historia no necesitaba ya defensa.



Maximiliano y Carlota

El príncipe Maximiliano, hermano del emperador de Austria, heredero posible del Imperio, candidato efímero al trono de Grecia, casado con la hija del rey más respetado de Europa por la superioridad de su carácter y por su firme constitucionalismo, y de una princesa de la familia de Orleans, de donde le venía su odio secreto contra Napoleón y su devoción por el ejército francés, había aceptado el trono desde que al iniciarse la intervención le fué ofrecido, á pesar de que fingió la resolución de no aceptarlo sino con ciertas condiciones; á la comisión que fué á ofrecerle á su castillo de Miramar la corona de México en nombre de la Nación, representada por sus *notables*, contestó que el voto de los notables era *el de la capital*, desaire inmenso que aceptó risueña y doblada la comisión mexicana; el príncipe esperó un plebiscito que manifestase claramente el voto de la nación, lo cual no fué difícil obtener al ejército francés de ocupación. La infortunada víctima escogida por los emigrados, por ser el candidato que suscitaba menos objeciones en las Cortes, había sido